

**EN DEFENSA DEL AUTOR Y EN PRO DE UNA
VERDADERA MANIFESTACION ARTISTICA, QUE
SURTA DE OBRAS TODOS LOS COLEGIOS E IN-
CITE A REPRESENTAR Y RESALTAR EL TEATRO
SOBRE ACTIVIDADES DE INFERIOR CAUCE QUE
NUTREN LOS FESTIVALES DE LOS COLEGIOS**

María Elena NEIRA

Intento desde estas líneas tratar de defender a unos autores de teatro que se dice no existen, pero que si han sido capaces de hacer cifra en concursos, es porque efectivamente son, o pueden llegar a ser, si no se les desdeña, los autores que el teatro infantil de hoy, está necesitando.

Ante todo, ¿quién dice que no existen? ¿Personas que nada tienen que ver con el teatro, aun cuando lo tengan con la educación, el periodismo, la medicina, etcétera...? . Permítanme estos críticos, así como los componentes de jurados, opinar, que si el arte, para ser considerado arte, ha de estar condicionado, para ser utilizado convencionalmente para quienes lo pretendan como armas, medios o fines momentáneos y no como Arte con mayúscula y en el mejor sentido de la palabra, en muy pobre lugar dejamos al arte. Pues un arte esclavo, un arte supeditado, un arte encajado en unos moldes o metido en unas normas, no puede de ninguna manera ser arte, puesto que para lograr este preciso y único requisito, requiere sobre todo ser libre.

Se me dirá que se trata de hacer un teatro educativo, formativo, etc... ya que va dirigido a los niños. Más yo sigo opinando tercamente, que si el teatro no puede ser teatro tan sólo, e ir a emocionar, a entretener, a divertir, a rebelar, a asombrar, o hacer pensar, que si ha de ser ocasional, servidor de algo, desfasado por fuera de época, etc., a los niños no les hace ninguna falta. Primero: porque no incita a una superación de la Sociedad —ya que oculta sus taras en vez de mostrarlas—. Segundo:

porque no se atreve a reflejar la vida y sus humanos problemas, lo cual ya supone un engaño, —y como si por ocultárselos no los tuvieran que ver y que vivir—. Tercero: porque al suponer copia y emulación, caminamos hacia atrás (clásico) ya que muestra y exhibe lo conseguido y lo encontrado anteriormente, —premisas del ayer y no del hoy— (Por tanto labor muerta y no viva). Cuarto: porque denota un miedo inexplicable a la actualidad y al futuro, —y no se puede dar al niño sentimientos cobardes—. Quinto: porque podemos encontrarnos ante el mismo niño, en posición de ridículo, —ya que el niño, suele y puede ir mucho más lejos.

El niño juzga muy pronto, es listo y vivo en reflejos, e intuitivo y lógico, a veces asombroso, profundo e inquietante, aunque después caiga como todos en el gran pozo de la vulgaridad, por culpa del ambiente y sus contornos. Siempre me ha ocurrido observando la inteligencia rápida del niño, compararla con la torpeza y estancamiento del adulto (hablo de generalidades) y pensar si ese estancamiento o parálisis de la mente no se debe a una educación muy sujeta a moldes y a diques con los que tropieza el individuo, conforme va creciendo, para el desenvolvimiento total de su personalidad. Lo cierto es que llegando a cierto punto, se detiene, se obsesiona, se acoge y se queda en una postura sin variantes, aplastado sin duda por la vida recibida y su necesidad de continuarla y centrándose en un conformismo ante lo que hay y no lo que pudiera llegar a ser.

Y naturalmente, cuando se trata de ir al niño a través del teatro, no puedo menos de tener que pensar en un arte valiente, en un teatro rico y flexible, en el cual pudiera desenvolverse libremente con sus críticas, afanes, entusiasmos, problemas, responsabilidad de niños y el estímulo que todo ello represente para inducir a ellos mismos a crear y a escribir. O sea; un teatro que suponga un despertar y un avance, no un temor, una contención, una limitación, unas trabas.

¿Pero cómo llegar a esto si hundimos a todos cuantos se consideren capaces de hacer un teatro de actualidad? ¿Que no es lo suficientemente bueno? . Naturalmente no podemos empezar una obra por la cúpula, sino por los cimientos. Primero habrá que tener obras, muchas obras, —obras de hoy—. Para después poder llegar a destacar, contenido, perfección y calidad. Pero pedir esto mientras el maestro y el niño, no tengan una temática suficiente para entresacar y elegir lo que requieran lo encuentren un poco prematuro.

Comprendo que en los movimientos teatrales llamados de vanguardia, pueda haber erotismo, resentimientos y venganzas que pudieran infiltrarse abusivamente en el terreno del niño, —aunque también creo que el mal puede repercutir en bien y a la inversa—. Pero por otra parte considero la buena voluntad y la limpieza mental de quien se atreve a escribir para la infancia, ya que esto no se concibe sin una fuerte

dosis de ilusión, amor, humor, amenidad, etc., tan preciso cuando se trata de llegar al niño. Y como tampoco vamos a intentar que el niño sea niño eternamente, pido una libertad para el autor, que no me asusta nada, pues el niño con muy claro sentido crítico, sabe muy pronto distinguir entre lo bueno y lo malo y apartar de sí aquello que no le gusta ni encaja.

Por otra parte sería absurdo tratar de defender a un grupo haciéndole llegar el gran manjar, mientras la parte más considerable de niños de España, pueda quedar totalmente al margen, —que es lo que ocurre con las compañías de profesionales, que malas o buenas, no pueden llegar al niño en general, sino al grupito de niños cuyos padres pueden costear las caras localidades de los teatros—. Justamente si es interesante eso de introducir el teatro en los colegios es porque pueda llegar de la misma manera a todos los niños de España.

Entonces yo me pregunto: ¿interesa hacer un teatro perfecto para unos cuántos? ¿O interesa más preparar al niño y defender al autor, para que pueda hacerse el teatro que requieran las circunstancias? Aprovechemos entonces a los autores en ciernes y a todos cuantos pudieren llegar a serlo, —ya que el teatro requiere práctica, ensayo, corrección y autocensura— hasta lograr un gran depósito de obras para todos los colegios y dejar —que ya está bien—, lo clásico para las clases de literatura.

Al hablar así pretendo tan sólo llegar a la eficacia y a que los autores despreciados en los concursos, vuelvan a sacar de los cestos de papeles sus obras —ya que importa salvar todas las ideas, pues sin idea no hay obra y sin autor ni hay ideas ni por lo tanto obras—. Y sobre todo que no caigan por la opinión de una élite más o menos preparada en lo suyo, pero muy lejos del verdadero camino del arte.

